

EL MAYOR GENERAL JOSÉ MARTÍ

María Caridad Pacheco

Cuando se habla de José Julián Martí Pérez pocos asociarían su persona a temas militares, debido a que es una de las facetas menos conocidas y reconocidas por gran parte de los cubanos.

El ascenso a Mayor General de José Martí en la guerra del 95 reconocía al hombre que sin estudiar en escuela militar alguna, sin acumular experiencia combativa ni haber nunca mandado tropas, pudo diseñar la estrategia de una revolución, de una guerra, a partir de múltiples experiencias. Como han dictaminado valiosos investigadores¹, reconocer la existencia en Martí de un pensamiento militar puede resultar polémico debido a la costumbre de verlo solo como dirigente político y restringir lo militar a lo estrictamente bélico, pero si se repasa la historia de las guerras populares en el mundo, incluyendo las nuestras, se podrá constatar que siempre se han destacado combatientes sin formación académica y Martí fue sin dudas uno de esos casos emblemáticos.

El haber sido hijo y nieto de militares españoles propició que, desde niño, para Martí la terminología y disciplina militar así como los relatos relacionados con hechos militares no le fueron ajenos. Tampoco se puede obviar que durante el tiempo que padeció prisión conoció a varios insurrectos, como fue el caso del canario Joaquín Montesinos, quien a los 32 cumple pena de prisión y de trabajos

¹ Uno de los libros que nos ayuda a comprender esta faceta no tan explorada del Maestro es *El pensamiento Militar del Mayor General José Martí* del Tte Coronel Fernando Rodríguez Portela, Premio de Investigación Histórica del Concurso 26 de Julio, una obra en la cual su autor corrobora cómo el pensamiento militar martiano floreció y alcanzó su más alto nivel, al calor de la guerra que había convocado y organizado y a la que se incorporó como un soldado más de la Patria. Lamentablemente, Rodríguez Portela no alcanzó a ver su obra publicada, debido a su muerte prematura en un momento muy fructífero de su actividad investigativa. Joven historiador de gran valía, fue capaz de aportar una prolífera obra, en la que sobresale el pensamiento militar del más universal de todos los cubanos.

forzados, acusado de ser el principal instigador de la rebelión anticolonial y de crear un grupo insurreccional en Pinar del Río.²

Siendo un adolescente su maestro Mendive repasaba en un mapa las operaciones que tenían lugar durante la Guerra de los Diez Años y en su escuela leía los periódicos que entraban clandestinos de la América Española recién independizada. Se conoce que analizó profundamente las enseñanzas y experiencias de diversas guerras : La Guerra de los Diez Años, la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, el proceso independentista latinoamericano (1810-1824), la Guerra de Secesión en los Estados Unidos(1861-65), la Guerra Chiquita, el plan Gómez-Maceo, la resistencia anamita a la colonización francesa, la guerra de independencia española contra la invasión napoleónica, la guerra franco-prusiana, y tuvo contacto con importantes jefes militares.

Es preciso recordar que de una u otra forma, José Martí se vinculó a las tres guerras y que la del 95 fue concebida y organizada por él. El proceso de formación de su pensamiento militar tiene lugar de forma autodidacta, es desarrollado bajo el influjo de las exigencias de su praxis revolucionaria y sus cautelosas incursiones en este terreno, para no provocar celos y recelos entre los veteranos de la Guerra de los Diez Años que, amparados por su experiencia, se arrogaban la exclusiva en cuestiones militares.

A fines del siglo XIX, en la época en que surge y se desarrolla el fenómeno imperialista, José Martí advirtió los cambios que esta nueva condición suponía en las relaciones internacionales. Con esa perspectiva, Martí no solo advirtió la dimensión política del asunto, sino también comprendió los entresijos económicos y culturales de estas realidades contrapuestas, y sus conclusiones al respecto determinaron la concepción de una estrategia, que situaba con total maestría y consecuencia en el centro

² En el primer viaje de Martí República Dominicana en 1892, visita “al bravo isleño Montesino”, de quien recibió numerosas muestras de afecto y de apoyo a la causa cubana. Ya entonces era considerado por el Gobernador de Montecristi como uno de los más connotados conspiradores de la ciudad, y en su hogar encontraron residencia y auxilio muchos dirigentes independentistas cubanos. En su segunda visita a tierra de Quisqueya, en 1895. En su Diario de Montecristi a Cabo Haitiano las referencias acerca del canario volcánico son constantes: refiere que uno de sus hijos lo acompaña en su gestión revolucionaria, que Montesinos le abastece de alimentos y de un potro para sus recorridos.

de la acción antiimperialista, una campaña de concientización para, a partir del conocimiento de las realidades materiales y espirituales de su patria, llevar a feliz término su proyecto de república.

Martí sabiamente no cree en la posibilidad de una independencia conseguida a partir de la benevolencia y comprensión de un país que se considera con derecho a regir los destinos del continente, y por eso alerta:

"... De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma; -arrancar, de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje,- saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre.³

Grandes son los temores de Martí respecto a la frustración de la independencia de Cuba, consciente de las apetencias imperiales y las presiones de los anexionistas de adentro y de afuera, y por ello trabajó por reavivar la revolución en el país, para lo cual fundó un Partido, destinado a “ reunir los elementos revolucionarios de manera que creen en Cuba una república pacífica e industrial antes de que, maduro ya el vecino poderoso para la conquista disimulada, pueda alegar como excusa de ella ante el mundo la ruina irremediable y la incapacidad política de una Isla indispensable al comercio del mundo...”⁴ Otro peligro prevé Martí en relación con la corriente anexionista, y es el desgajamiento de la nacionalidad cubana, la pérdida de la identidad como consecuencia del dominio económico y político que adquirirían los Estados Unidos sobre los países de nuestra América, lo cual socavaría las bases de la sociedad y de la cultura cubanas, y por ello insiste: “... el sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva.

³ José Martí. Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva York. Octubre 29, 1889. Ob Cit, Tomo 1. p. 250.

⁴ Artículo "La primera conferencia". De "Patria". Nueva York, 18 de junio de 1892. Tomo 2. Página 32.

Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad”.⁵

De este modo, el significado de la guerra que se libraría en Cuba no se limitaría a la simple obtención de la independencia, sino a la construcción de una república basada en ideales democráticos y antiimperialistas, cuyas conquistas en los planos económico, político y social, debían estar dirigidas al mejoramiento humano. Martí comprendió tempranamente los grandes obstáculos que se levantarían, tanto dentro como fuera de Cuba, para llevar adelante tan magna obra y por ello prevé la implementación de tres condiciones fundamentales: la unidad y ordenamiento internos del país, la toma de conciencia de los pueblos de Cuba y demás países de Nuestra América, y la unión de dichos pueblos en un frente común antiimperialista. Las dos primeras de estas condiciones suponía una gigantesca labor ideológica que Martí ya había comenzado y nos dejó en sus artículos y discursos revolucionarios; la tercera, debía ser el resultado del desarrollo de la conciencia nacional y continental, cuya primera etapa radicaría en la lucha armada contra el dominio del colonialismo español.

Martí señala con su pensamiento, su sentido poético y su conducta una alternativa que expresa la posibilidad y realidad del cambio revolucionario en un mundo unipolar que trata de imponer su modelo de sociedad como única y última alternativa posible. Según sus concepciones, el desarrollo económico y la liberación ideológica de los pueblos que como el suyo habían sido colonizados, eran condiciones inexcusables para preservar la independencia política y para impedir la imposición de patrones culturales, basados en el consumismo irracional, la exaltación del individualismo y la homogeneización de la cultura.

Esta es preocupación central en Martí a raíz del fracaso de la Guerra Chiquita,⁶ y sobre todo a partir de 1887 cuando comprende que los peligros de la expansión imperialista acechan a la independencia de las

⁵ José Martí, Ob Cit, Tomo 1, p. 251

⁶ La Guerra Chiquita (24 de agosto de 1879- 3 de diciembre de 1879) que gravitó en torno a importantes jefes militares (los generales Calixto García, Antonio Maceo, Carlos Roloff, entre otros), fue un nuevo intento de proseguir la lucha por la independencia después del Pacto del Zanjón que puso fin a la Guerra de los Diez Años. Por primera vez las emigraciones determinan por sí solas sus órganos supremos de dirección revolucionaria. A pesar de la amplitud y envergadura alcanzadas, factores organizativos y de recursos económicos y bélicos- entre los cuales sobresalen los alzamientos intempestivos y el no arribo a tiempo a la Isla de los principales jefes, dieron al traste con las acciones Ver: Francisco Pérez Guzmán y Sarracino Magriñat, Rodolfo. *La Guerra Chiquita. Una experiencia necesaria*. Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1982; Diana Abad. *Cuba, la revolución de 1895*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p. 12-13.

Antillas y a la soberanía política de Hispanoamérica. Por ello entendió que aquella revolución liberadora de base popular debía iniciarse a través de una guerra que había de dirigir y preparar en sus más mínimos detalles ideológicos, militares, jurídicos y políticos. Nada descuidó Martí en aquella contienda, y a estas preocupaciones obedece la actividad intensa y permanente del Apóstol por aproximarse al pueblo norteamericano como medio de informarlo y persuadirlo acerca de la causa de la independencia cubana, para lo cual utilizó entre otros medios, la docencia en escuelas nocturnas norteamericanas, la prensa y la oratoria. En el ensayo *Nuestra América* José Martí había escrito “Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada”, y en consecuencia, se dispuso a esgrimir las armas de las ideas, y también las otras, imprescindibles para hacer próspera y libre a la patria.

Martí arriba a Montecristi, República Dominicana, el 7 de febrero de 1895 cuando habían transcurrido pocos días desde la firma de la *Orden de Alzamiento*, el 29 de enero, y de inmediato se emplea en pleno fragor de los preparativos de la guerra. A pesar del revés sufrido con el fracaso del Plan de Fernandina y del estrecho cerco tendido por el espionaje yanqui y español, no se detuvo ante obstáculos ni adversidades, y desde su llegada a la isla hermana recorrió varios sitios en busca de apoyo moral y material para la causa cubana. Con estos propósitos sostiene intercambios con figuras políticas e intelectuales de la hermana nación, con el objetivo de atraer solidaridad a la causa de la independencia cubana y convencer acerca de la importancia estratégica de su culminación para el decoro y equilibrio de la América y el mundo.

Empeñado en la misión de garantizar los recursos bélicos necesarios para la contienda, la sostenida ayuda de las emigraciones y la presencia de los principales jefes militares en los escenarios de la guerra, lo sorprende la noticia propagada por algunos diarios de que tanto él como Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador, se hallaban en Cuba. El 9 de marzo apareció en el *Listín Diario* de Santo Domingo, la falsa noticia que había sido divulgada primero por *The New York Herald*, y esta circunstancia fortuita contribuyó a argumentar la necesidad de su traslado al teatro de operaciones. Muchos revolucionarios, entre los cuales se hallaba Máximo Gómez, preferían que Martí permaneciera alejado de los escenarios de la guerra y se dedicara a organizar y viabilizar todo lo concerniente al apoyo material y moral de la contienda que había comenzado el 24 de febrero de 1895, pero el Delegado del Partido Revolucionario Cubano tenía un compromiso ineludible con su patria y con el pueblo al cual había convocado a batallar por una revolución que se hacía “para salvar la existencia amenazada de las

Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana”⁷. De este modo Martí iría a Cuba a cumplir con su deber, e iría como combatiente.

Siempre atareado con los preparativos de la Revolución y viviendo bajo las condiciones de una extrema pobreza, Martí vestía con ropas gastadas que evidenciaban deterioro. En Montecristi y muy probablemente por iniciativa de Máximo Gómez, se le encomendó al sastre dominicano Ramón Antonio Almonte que hiciera un traje que estrenara Martí **para** la guerra. El sastre dominicano conservó las mediciones que han ayudado a calcular la estatura y el peso de Martí entonces: unos 5 ½ pies y un peso aproximado de 140 libras. Pero, cómo era el traje de campaña que usó Martí? El mismo lo reveló en carta a Carmen Miyares: “¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas”.⁸ Panchito Gómez, hijo del Generalísimo, le regala un revólver, con el cual efectuó prácticas de tiro en el cayerío cercano a las playas de Montecristi, como entrenamiento para su participación en la lucha armada.

El Delegado procura resolver los problemas inevitables que se le presentan antes de partir a su país, ya en guerra, y el 25 de marzo escribe varias cartas, entre las cuales se encuentran las que dirige a la madre, Leonor Pérez, al amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal, a su albacea literario Gonzalo de Quesada y Aróstegui y a dos niñas que quería como a hijas: María y Carmen Mantilla. Se hace evidente el vínculo de estas cartas con el *Manifiesto de Montecristi*, en el cual insiste en el “alcance humano” de la “guerra sin odios” que se llevaría a cabo en su patria, y advierte: “Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocer celoso de su derecho y del ajeno [...]”⁹.

Desde la cubierta del vapor *Norstrand*, el 10 de abril de 1895 escribe una carta a Carmen Miyares y sus hijos, en la cual muestra su gran optimismo y felicidad al decir: “Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien y— por ahora—he dejado de sufrir”¹⁰. Desde la noche anterior se encuentra semiclandestino en el vapor, y tiene la ocasión de enviar varias cartas en el transcurso de los días 10 y 11 de abril al doctor Ulpiano Dellundé, a Benjamín Guerra y a Gonzalo de

⁷ José Martí “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”. Patria, Nueva York, 17 de abril de 1894. En: Obras Completas Ob Cit, tomo 3, p. 143.

⁸ José Martí. Fragmento de carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos. Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895. En: *José Martí. Epistolario*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, Tomo V, p. 194.

⁹ José Martí. Obras Completas, Ob Cit, Tomo 4, p. 95.

¹⁰ *Epistolario*, T.V, 154.

Quesada y Aróstegui, y a Bernarda Toro de Gómez (Manana), a quien hace la conmovedora promesa de cuidar al compañero de su vida.

El 10 de abril salen del Cabo, y después de recoger en Inagua el bote que los llevaría a tierra, los expedicionarios continúan rumbo a Punta de Maisí, en el extremo oriental de la isla. El vapor se acerca a tres millas de la costa en una noche tempestuosa que hace dudar al propio capitán acerca de la conveniencia de este desembarco, pero ya Cuba se divisa en el horizonte y Gómez considera que el momento no admite vacilaciones. Los seis hombres: Máximo Gómez, Francisco Borrero, Ángel Guerra, César Salas, Marcos del Rosario, y José Martí, conducen contra viento y marea el bote que, por momentos, zozobra en medio de la tormenta. Paquito Borrero y el General ayudan de popa, mientras los demás reman desesperadamente hacia la costa, con Martí conduciendo el remo de proa. Finalmente arriban a La playita al pie de Cajobabo, y se hallan todos a salvo. En su Diario de Campaña Martí describe vívidamente la felicidad que lo embarga al arribar al campo de la guerra: “Salto. Dicha grande”¹¹

En efecto, Martí comienza su campaña en la Guerra del 95 con un excelente estado de ánimo que lo hace olvidar su precario estado de salud. Después del desembarco se iniciaron agotadísimas jornadas para Martí y sus compañeros de expedición. A María Mantilla le comunica que marcha por lomas y caminos agrestes cargado con un rifle al hombro, machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas; al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y, a la espalda, una mochila con dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho su retrato. Los viejos combatientes, quedaron sorprendidos por la resistencia del Delegado. El Maestro mostró un estoicismo de altura y cumplió con múltiples faenas en su vida de campaña, redactando circulares de guerra, misivas a dirigentes de la emigración y una carta al editor del diario *The New York Herald*, publicado después de su caída en combate, mediante la cual dirige un mensaje al pueblo norteamericano. También se ocupa de velar por la seguridad del campamento y de ayudar en la atención a los heridos y enfermos, labor en la que llega a ganar cierta notoriedad entre sus compañeros, “sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro...”¹².

¹¹ José Martí. Obras Completas, Ob Cit, T.19, p. 215.

¹² *Epistolario*. T.V, p. 193

Al caer la tarde del 15 de abril, recibió un nombramiento tal vez inesperado que, por supuesto, no dejó de anotar en su diario. El General en Jefe Máximo Gómez Báez, le comunicó que por acuerdo de los militares allí reunidos había sido nombrado Mayor General del Ejército Libertador, lo que acepta con mucha modestia y emoción “ ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años!”¹³. Del Generalísimo había surgido la decisión, en tanto en él habían calado progresivamente las ideas martianas acerca de la organización de la guerra y quizás también influyó el hecho de que, desde su llegada, por los lugares que atravesaba los patriotas calificaban espontáneamente de general y presidente al Delegado. Su investidura favorecía el acatamiento y la aplicación de varios documentos que firmó dirigidos a distintos jefes, más las instrucciones acerca de la política de la guerra durante la marcha hacia Camagüey para formar el gobierno, y ante él deponer su autoridad como Delegado del PRC. Entre estos documentos se destaca la *Circular a los jefes y Oficiales del Ejército Libertador* que constituye la expresión más concentrada de la política de guerra de la Revolución Cubana en el siglo XIX.

Martí llegó a adquirir un pensamiento militar estratégico y el otorgamiento del grado de Mayor General no fue una dádiva, sino un reconocimiento de sus condiciones de liderazgo y de la profundidad de un pensamiento militar en desarrollo, truncado por su caída en combate apenas un mes después de su llegada a los campos de Cuba, el 19 de mayo de 1895.

¹³ José Martí .Obras Completas,Ob Cit, t.4, p.127